

Balance provisional

Un corto y cálido invierno

¿Ha sido éste, teatralmente, el año de la ballena? Dice la tradición que el año en que la ballena pare, las mujeres alumbran con problemas. A lo largo de la pasada temporada esa enorme ballena llamada sociedad, de nacionalidad catalana, ha dado a luz. Y el teatro ha tenido problemas, muchos problemas. Artísticamente, la temporada ha sido floja. ¿Basta esto para afirmar que hemos vivido un mal año teatral?

No. Mientras la sociedad se transformaba, se transformaban también nuestros usos y nuestras costumbres teatrales (léase «estructuras») y «formas de organización») o, al menos, anunciaban esa transformación, a la vez inminente y lenta. Así parecen confirmarse los siguientes hechos, expuestos aquí suscitadamente.

División del movimiento profesional en dos Asambleas

El acontecimiento, ocurrido en setiembre pasado, es sobradamente conocido. Los ingenuos que se las dan de listos lo interpretaron como el resultado maquiavélico de las maniobras de grupos políticos; otros, menos sutiles todavía, como la resultante de enfrentamientos personales; un tercer grupo se abstuvo de buscarle causas

y, simplemente, le atribuyó el carácter de hecatombe, de desgracia pública y buscó la manera de subsanarla; algunos vieron confirmada aquí su inquebrantable convicción de que la abstención propia es sinónimo de manipulación por parte de los demás y decidieron regresar a sus casas hasta que hubiera dinero para todos, siempre y cuando lo obtuviesen los demás. Probablemente vivíamos —vivimos—, tan sólo, un episodio «normal» (tradúzcase por «lógico») en la evolución de un movimiento profesional donde la unidad se dio por descontada (gracias a la promesa de un salario unitario) sin antes debatir su significado profundo. Hoy, las dos Asambleas —la AAD y la ADTE— permanecen separadas, aunque haya perdido toda vigencia la remota causa que provocó el divorcio. Irrefutable prueba de que esa era una falsa causa.

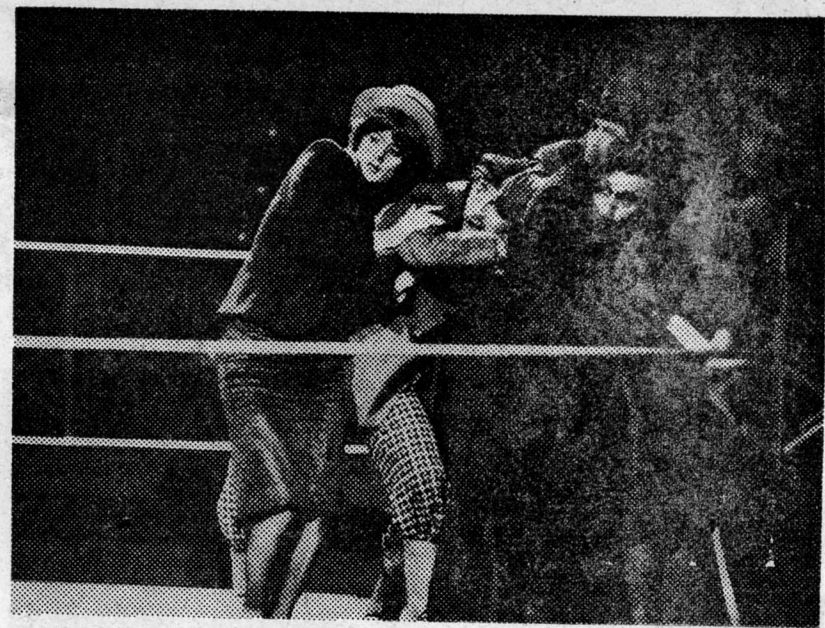
Obtención de un presupuesto municipal para el Teatro

La división en dos Asambleas tuvo sus efectos positivos: cada una de ellas centró su actuación en campos distintos. Así, la AAD, autodefinida como órgano no productor de espectáculos y sí, en cambio, como organización propulsora de la una poli-

tica teatral al servicio de los ciudadanos, avanzó un paso más en su propósito de convertir al teatro en una actividad pública: presionó a las instancias municipales para que incluyesen en sus presupuestos una partida de 25 millones destinada al teatro en Barcelona. Y lo consiguió. Por vez primera, y aunque sólo fuese en términos financieros, el Municipio concedía al arte dramático carta de ciudadanía. Como resultado, hoy se está llevando a cabo la Campaña Municipal de Teatro 1977, gestionada por la profesión.

Apertura del Saló Diana

Mientras, la ADTE, constituida como macrocooperativa, tomaba la iniciativa de abrir un nuevo local —sin apoyatura económica pública— capaz de albergar unos espectáculos, los suyos, que pudiesen ofrecer una alternativa estética radicalmente nueva. Así nació el Saló Diana que ha mantenido hasta hoy una línea programadora similar a la del antiguo Capsa y a la de la actual Villarroel: alternancia de producciones propias (dos hasta el momento) y contratación (a fijo o porcentaje) de grupos exteriores, con especial predilección hacia los extranjeros y hacia los que no están vinculados a la AAD.



Con «Mahagony» logró el Teatre Lliure uno de los espectáculos más válidos de la temporada

Apertura del Teatre Lliure

Simultáneamente, llegaba a feliz término una iniciativa tomada la temporada anterior por un grupo de gentes de teatro de procedencias muy diversas. Superando enormes y absurdas barreras administrativas, se abrió, en los locales de la Cooperativa La Lleialtat de Gràcia, el Teatre Lliure, organizado cooperativamente pero con muchas de las características de un teatro estable: compañía fija, programación coherente y no al azar de las oportunidades, búsqueda de una implantación en el barrio como condición indispensable para una mayor irradiación ciudadana, especial atención a los aspectos materiales, etc. Es a Lliure a quien debemos los mejores logros artísticos de la temporada.

Primeros intentos para la creación de un Sindicato del Teatro.

He aquí un hecho sin aparentes repercusiones artísticas. Pero un Sindicato, aunque no haga teatro, defiende y aglutina a quienes lo hacen, es decir, también se traduce en teatro. La efectiva creación de este organismo de clase, sustitutivo de la vieja parodia vertical, tiene hoy una importancia básica que la profesión no debe olvidar.

Estos son, a mi juicio, los grandes hechos de la temporada. Podría añadirse a ellos otros de menor cuantía, más coyunturales y ligados también a la situación política general: la crisis de los premios teatrales (su concesión o no concesión ha dejado de ser un acontecimiento social porque responden a otro momento histórico, el de la resistencia), o la crisis de espectadores durante los últimos meses como consecuencia de la actividad preelectoral. Puede hablarse, incluso, de una baja generalizada en la calidad de los montajes catalanes, con algunos fracasos estrepitosos.



«Home and Blues», un montaje que triunfó en Horta y que volvió a ser aclamado en el Teatre Grec

El Ministerio de Cultura

La Reforma Administrativa que se anuncia va a ser acogida favorablemente por los más diversos sectores de opinión. Los ciudadanos de este país saben de sobra que hay que remodelar la tantas veces caótica distribución departamental, suprimir parasitismos y hacer de la burocracia un instrumento para el gobierno del Estado y al servicio del pueblo en lugar de una rémora y una petulante aglomeración de incompetentes. La desaparición de algún Ministerio y la remodelación de otros comporta por otra parte una adecuación mínima, urgente y necesaria a las necesidades del Estado moderno. Los políticos del arco democrático, con los matices de rigor que se puedan interponer, comparten sin duda esta necesidad. Lo que a muchos nos sorprende ante la Reforma Administrativa anunciada es el absoluto silencio e indiferencia que existe sobre la ineludible creación de un Ministerio de Cultura.

El tratamiento que la cultura, entendida en la franja concreta de formas de producción artística, ha merecido durante el franquismo, es sin duda responsable máximo de esta situación. Su consideración como lujo, adorno o pura y simple mercancía, la ha relegado al desván de los gastos extras individuales en noche de juerga. Reclamar el derecho a la cultura como una necesidad para todo el pueblo fue considerado en las cuatro ominosas décadas como llamada a la subversión. A ello hay que añadir la desinformación general que pesa sobre estas cuestiones. La decantación de un

Ministerio de Cultura en la organización moderna del Estado es consecuencia de la necesaria coordinación de actividades específicas en el conjunto social. Todos los países de Europa —con los matices de rigor— poseen un organismo que reúne las cuestiones culturales netamente diferenciadas de las educativas. Como botón de muestra basta recordar la última reunión de ministros de Cultura europeos en Helsinki a los que España hubo de enviar al subsecretario de Educación.

Diferencia de planteamientos

Nadie duda de que todo proceso cultural comienza en el terreno de la enseñanza a sus diferentes niveles. Pero es necesario insistir en la radical diferencia de planteamientos y organización que existe entre Educación y prácticas artísticas concretas, su difusión y distribución. Presupuestar, coordinar y ampliar la iniciativa y redes de trabajo en este sentido, precisan de una administración conjunta.

El vacío que a los temas culturales han prestado las distintas formaciones políticas en liza electoral no ha dejado de sorprendernos a muchos de los que trabajamos en este terreno. Sólo un partido, situado a la izquierda, ha reivindicado un Ministerio de Cultura. Los demás lo han olvidado por completo y se han circunscrito al campo exclusivo de la enseñanza. Mi planteamiento que defiende la ineludible necesidad de un Ministerio de Cultura, se basa de todos modos en una reivindicación amplia, por lo que puedo

entrevir de los distintos sectores dedicados a la producción artística y a la adecuación administrativa que antes apuntaba en función de las necesidades del Estado moderno. Por último, existe la urgente necesidad de responder con una planificación y una política cultural precisas a las necesidades de la sociedad española.

No dudo que en este terreno existen múltiples incomprensiones. El ciudadano de este país ve con pavor el posible nacimiento de un nuevo ministerio que concibe ocupado por legiones de burócratas inoperantes, lleno de despachos lujosos, alfombras, conserjes y un innecesario boato superficial a costa del erario público. Ese es un miedo que compartimos pero nuestra obligación es luchar por la austeridad, la eficacia, las cuentas claras y el máximo rendimiento y rentabilidad social del presupuesto de que se disponga.

El segundo nivel de incomprensión procede de muchos dirigentes y cuadros políticos que no alcanzan a comprender la función coordinadora, impulsora, planificadora y dinamizadora de un ministerio de este tipo en nuestra sociedad. Que aplican criterios administrativistas de reducción sin comprender que dejan al margen cuestiones fundamentales. Todos se espantarían si desapareciera el Ministerio de Industria o el de Agricultura pero nadie se rasga los entresijos porque la cultura carece de expresión gubernativa. Todo esto responde en cierto modo, como decíamos, al lugar social a que la condenó el franquismo. Pero si hoy no somos capaces de

situar la cultura en el primer plano de la actividad social y como pilar constitutivo de nuestra democracia, esta será un ser deforme y poco apto para crecer de forma saludable y soportar las contingencias del futuro.

Romper la imagen centralista

Para terminar diré que el Ministerio de Cultura debía romper como tarea prioritaria, la imagen centralista de la Administración, impulsar una política descentralizadora en todos los ámbitos, favorecer la participación de los Municipios, establecer un sistema de coordinación con los organismos de las nacionalidades, reclamar una política presupuestaria que responda al nivel de nuestro país, etcétera. Los profesionales de estos campos, los organismos responsables de los distintos sectores, deberían actuar para no hundirse una vez más en el pozo negro de la inoperancia y verse perpetuamente convertidos en oferentes de un lujo crepuscular, marginados de su pueblo. Muchos de los nuevos senadores y diputados que tienen una explícita relación con la práctica artística, debiera hacer oír su voz para que el Ministerio de Cultura fuera posible. Quizá cuando queramos reaccionar sea demasiado tarde y nuestras lamentaciones sólo sirvan para constatar que otra vez hemos perdido una oportunidad y se nos escapó el tren.

Juan Antonio HORMIGÓN



«No hablaré en clase», Dagoll-Dagom dio en la diana

Teatro que fue underground

Lo que ayer fue obligadamente subterráneo, lo que nació con pretensiones o esperanzas de público masivo y tuvo que ocultarse en las esquinas oscuras de los locales poco frecuentados, sale hoy —al amparo de las nuevas condiciones políticas— a la superficie de la legalidad. Este es el caso de «No te n'espantis, no, Bac», de Xesc Barceló, un espectáculo que meses atrás comentamos en esta misma página silenciando los nombres de sus responsables y los lugares donde infringía las injustas leyes de unos poderosos que sólo creen en su propia libertad de expresión.

Ahora puede pronunciarse el nombre por escrito: se trata del Grup de l'Escola de Teatre de l'Orfeó de Santa. Su montaje sobre la pena de muerte (habría que decir, en puridad, contra la pena de muerte) ha recibido ahora —vivir para ver— los placets de la censura. Y estará en el Orfeó durante el próximo fin de semana: viernes y sábado, a las 22,30; domingo a las 20 H.

Aunque Catalunya haya votado socialista, la pena de muerte sigue en el podium de las penas vencedoras. Y sigue vigente, por tanto, este espectáculo que quiere ganar batallas hasta hoy perdidas.

Jaume MELENDRES